



Cuadernos de Pensamiento Nº 31
NÚMERO MONOGRÁFICO SOBRE EUROPA
Año: 2018
DOI: <https://doi.org/10.51743/cpe.47>



La historiografía hoy: cambios en la relación historiador-fuentes

Historiography today:
changes in the historian-source relationship

MARÍA ANTONIA BEL BRAVO

Universidad de Jaén

RESUMEN: En los últimos años hemos asistido al derrumbamiento de los grandes paradigmas objetivistas que apuntalaban a las escuelas historiográficas dominantes: Annales, la historiografía marxista o la historiografía liberal británica. Le han sucedido una multiplicidad de caminos y de orientaciones que han vuelto a poner sobre el tapete la cuestión central de si es posible lograr un conocimiento objetivo sobre el pasado, sobre la sociedad, sobre los procesos de cambio. En este estudio se trata de analizar la figura del historiador, quien, al interpretar el pasado, es consciente de que su interpretación está afectada también de historicidad, lo que le descarga de todo tipo de responsabilidad, pues ninguna interpretación podrá aspirar jamás a la validez universal, sino que, por referirse a acciones de sujeto construidas por otro sujeto, es siempre provisional, expuesta a la crítica de las nuevas generaciones que, sin duda, mirarán con otros ojos el pasado.

PALABRAS CLAVE: Historiografía, Fuentes, Sentido autorreferente, Individualismo metodológico

ABSTRACT: In recent years we have witnessed the collapse of the objectivist paradigms that underpin the dominant historiographical schools: Annales, Marxist historiography or the British liberal historiography. We have followed a multitude of ways and guidelines that have relocated to the fore the central question of whether it

is possible to achieve objective knowledge about the past, society, the processes of change. This paper attempts to analyze the figure of the historian who, in interpreting the past, is aware that his interpretation of historicity is also affected, which would discharge any responsibility, since no interpretation can ever aspire to universal validity, but, referring to actions of the subject constructed by another subject, is always provisional, exposed to criticism of the new generations will undoubtedly look with new eyes the past.

KEYWORDS: Historiography, Sources, Autoreferencia, Methodology Individualism

1. INTRODUCCIÓN

Hacia la década de los sesenta comienzan a producirse las primeras transformaciones en lo que ha venido a llamarse *nouvelle histoire*, *New History*, *nueva historia*¹. El escenario original, en principio metodológico, fue precisamente aquella *histoire des mentalités* afectada por un estructuralismo tal vez aligerado y difuso, pero evidente. Frente a la historia intelectual clásica, seguida paralelamente por historiadores anglosajones y alemanes, el objeto de estudio para los “annalistas” pasa a ser la *mentalidad*, una construcción siempre colectiva y social, impuesta desde fuera, involuntaria e inconsciente. Lo *mental* —lo automático y colectivo— podía ser contabilizado, y reclamaba con urgencia esa labor.

Tiempo después, y tal vez gracias a tratarse de un modo de escribir la historia plural y difuso en sus implicaciones y referentes teóricos, así como de una plasticidad metodológica casi infinita, la misma *histoire des mentalités* cambió su pretendida “historia global” por la búsqueda en los sótanos antropológicos de lo “cultural”². De este modo, acabó planteán-

¹ Para un examen detallado y exacto del uso de esta denominación en las últimas décadas véase I. OLÁBARRI GORTÁZAR: “La ‘Nueva Historia’, una estructura de larga duración”, en J. ANDRÉS-GALLEGO (dir.): *New History, nouvelle histoire: hacia una nueva historia*. Madrid, Actas, 1993, pp. 29-81.

² Ahora bien, el giro “deconstruccionista” y la creciente fragmentación del objeto de estudio no significa que haya un abandono del proyecto “historia global”. La historiografía que habitualmente llamamos “postmoderna” lo reformula, pensándolo ahora en términos de profundización y no de extensión y acumulación. Véanse I. OLÁBARRI GORTÁZAR: “La

dose como estrategia la opción por el enfrentamiento entre el mundo vivido —“interpretado”— y el mundo material —“real”—, cuya imagen nos ofrece la historiografía actualmente.

En los umbrales de los años ochenta -tal vez algo antes- las preocupaciones “científicas” de la historia social, que la habían despojado de muchos de sus instrumentos tradicionales, se habían diluido considerablemente. Una vez más ha sido la mecánica de la interacción científico-social³ la que ha puesto a esta *nueva historia* ante la pérdida de prestigio de todo tipo de explicación estructuralista y de la cuantificación, lo cual no quiere decir que la polémica en torno a muchas de estas cuestiones esté completamente resuelta en la práctica cotidiana de los historiadores. El hecho es que el debate ya no se produce entre la *historia tradicional* o clásica y la *nueva historia*, sino en el seno de ésta última, dándose una apuesta clara por la historia cultural. Y no se trata de un debate únicamente metodológico, afecta también a las fuentes.

2. RESCATAR AL INDIVIDUO DE LA FUERZA DETERMINANTE DE LAS ESTRUCTURAS. UN NUEVO ENFOQUE PARA LA HISTORIA

Los soportes del *objetivismo* propugnado desde los planteamientos estructurales han caído. Esta evolución puede ser comprendida por el declive del materialismo histórico como teoría científica, empeñada en mantener una férrea separación entre el mundo cognoscible y el sujeto cognoscente, aunque a cambio se enfangara en el concepto pantanoso de “ideología”, que a fin de cuentas no era sino una barrera difícil de traspasar en los procesos intelectuales. A menudo se ha resuelto el dilema de la objetividad refugiándose en la distancia personal del historiador con su objeto de estudio, lo cual crea una ilusión de equidistancia. Como dice un amigo mío, “5 minutos a

‘Nueva Historia’...”, op. cit., p. 69; y P. BURKE: “Historia cultural e historia total”, en I. OLÁBARRI y F.J. CASPISTEGUI (dirs.), *La “nueva” historia cultural*, Madrid, editorial Complutense, 1996, pp. 115-122.

³ En los años setenta el diálogo se había entablado sobre todo con la sociología y con la economía. A finales de los ochenta son evidentes los vínculos entre historia, antropología y literatura. Véase N. Z. DAVIS: “Las formas de la Historia social”, en *Historia Social*, 10 (1991), pp. 177-182.

Hitler y 5 a los judíos ...” Quizás cuestiones como la honradez y la rectitud sean más adecuadas para los balances históricos que se propugnan actualmente ya que, a mi juicio, la objetividad no existe, existe la coherencia.

A todo ello acompaña el convencimiento de una dimensión subjetiva en el trabajo del historiador⁴, próximo a la antropología “posmoderna” representada entre otros por Geertz, Marcus o Clifford⁵. Es cierto que este camino nos introduce en el molde de otra disciplina, lo cual arriesga la propia identidad de la nuestra. Pero, a la búsqueda de la interdisciplinariedad, digamos que la “nueva” *historia cultural* acude sin modificar sus objetos, sus conceptos, sus procedimientos de investigación, etc.⁶ Ahora bien, la interdisciplinariedad es otro problema que aquí no lo trataremos, pues excede el objetivo de nuestro trabajo, pero en cualquier caso sería interesante hacerlo en algún momento, puesto que es un concepto del que se habla mucho y pocos saben lo que significa y cómo se puede conseguir.

La experiencia individual acaba siendo el centro de la cuestión. Este enfoque *individualista* se entiende al socaire del rechazo progresivo que pesa sobre el tratamiento serial de los datos y sobre el empleo de categorías colectivas. No se considera ya que el problema central de la historia deba ser el de las circunstancias que rodean al hombre, sino el del hombre en sus circunstancias, el del individuo que decide libremente en virtud de la coyuntura por la que atraviesa.

Se trata, pues, del paso de las categorías grupales a las individuales; de los modelos explicativos del cambio, estratificados y monocausales, a los interconectados y multicausales; de la cuantificación del grupo a los ejemplos individuales, como los que yo misma tuve ocasión de ofrecer en un

⁴ Cf. J. ANDRÉS-GALLEGO: “La revolución historiográfica de los tiempos modernos”, en VV.AA.: *Historia general de España y América*, t. VIII, *La crisis de la hegemonía española*, Madrid, Rialp, 1986, p. XXII.

⁵ Por ejemplo CL. GEERTZ, J. CLIFFORD (et al.): *El surgimiento de la antropología posmoderna*. Barcelona, Gedisa, 1991. Véase L. STONE: “History and Postmodernism”, en *Past and Present*, 131 (1991).

⁶ En realidad, la brecha diferencial entre ambas disciplinas sigue abierta inevitablemente. Véase Ch.O. CARBONELL: “Antropología, etnología e historia: la tercera generación en Francia”, en J. ANDRÉS-GALLEGO (dir), *New History...*, op. cit., pp. 91-100.

trabajo anterior⁷. La corriente de los años cuarenta ni siquiera se había planteado detenidamente la posibilidad de obtener conclusiones legítimas, y extensibles al conjunto, partiendo de determinadas experiencias individuales. Mientras que, en realidad, “el estudio de un hombre aislado tiene que ser necesariamente social porque todo hombre lo es.

Precisamente una de las objeciones más oídas contra el método del materialismo histórico se refiere a la inclusión de unas categorías mucho más sociológicas que históricas —las *clases* sociales—, definidas sin unanimidad, de forma confusa y vaga difíciles de comprobar en las fuentes⁸. Hace unos años, en la tercera sesión de la *I Conferencia Internacional “Hacia un nuevo Humanismo”*, celebrada en Córdoba durante los días 10-13 de septiembre de 1997, se insistió en la misma necesidad de hallar nuevos enfoques para el análisis de los grupos sociales, puesto que las categorías empleadas hasta ahora no satisfacen los planteamientos de la investigación⁹.

En el debate de la misma sesión, acerca de la imagen de conflictividad tan peculiar que ofrece la sociedad española de la Edad Moderna, uno de cuyos enigmas clásicos “es la relativa ausencia de revuelta popular”, Henry Kamen opinaba que había llegado el momento de contrastar otros enfoques, dejar de enfatizar el papel del Estado como el detonante de la revuelta e intentar considerar otras perspectivas: el papel de la *comunidad* en la evolución de la rebelión y la importancia de la *ideología* en la formación de actitudes, el papel de la célula familiar y los lazos de parentesco. En definitiva, otros grupos corporativos. ¿Por qué no apostar por el enfoque individualista?

Ciertamente la convergencia progresiva entre historia, sociología y antropología ha permitido hablar no ya de *estructuras* sino de *redes*, no de sistemas de normas colectivas sino de *estrategias* individuales y de situaciones vividas. Conceptos que siguen encerrando alguna contradicción respecto a los planteamientos que presumiblemente los originaron, pero que, en cual-

⁷ M. A. BEL BRAVO, *La familia en la Historia*, Madrid, Encuentro, 2000. La primera parte del libro, pp. 23-42, es fundamentalmente historiográfica.

⁸ Véase la crítica de J. SCHUMPETER: *Historia del análisis económico*. Barcelona, Ariel, 1971 (original de 1954), p. 497.

⁹ Actas en dos volúmenes: Córdoba, Universidad de Córdoba, 1999. La ponencia de KAMEN, y la también interesante de T. F. RUIZ, en el vol. I, pp. 315-344.

quier caso, preconizan desde el principio la necesidad de capturar en el pasado al individuo como tal y no las categorías humanas colectivas. Desde la posición individualista, el objeto general de la historiografía no consiste en la detección de las estructuras y de los mecanismos que regulan las relaciones sociales. Tal había sido la pretensión anterior, queriendo hacerlo al margen de cualquier apreciación subjetiva.

Por el contrario, el objeto de investigación ahora estará constituido por la indagación más precisa posible acerca de qué tipo de racionalidad gobierna y conforma el desenvolvimiento cultural de los seres humanos¹⁰. Se trata - insisto- de hacer una historia que vaya desde el individuo a sus circunstancias y no al revés, que ha sido el tipo de historia que hemos aprendido y -lo que es aún peor- transmitido muchos de los que nos dedicamos a esta profesión. Sin duda era más fácil estudiar al hombre únicamente como productor, y dejar de lado, entre otras muchas cosas, su faceta de consumidor, de protagonista en definitiva.

Veamos, pues, esa doble dimensión subjetiva que opera en la historia y que supone aceptar el funcionamiento selectivo e interpretativo de toda memoria histórica: el historiador que estudia, que es un sujeto, y la persona estudiada, que participa de esa misma condición de sujeto.

3. ACCIONES DE SUJETO RECONSTRUIDAS POR OTRO SUJETO

Cuenta Claudio Magris¹¹ que cierto general famoso, interrogado acerca de qué había sentido cuando participaba en una célebre batalla respondió diciendo que no había sentido nada especial “porque aquel momento no era aquel momento”. Y es que la caracterización de un momento como algo históricamente relevante es siempre posterior a los hechos. La celebridad de una batalla, como la de cualquier otro hecho histórico, es un asunto de historiadores, nunca de los que protagonizaron el evento. Es la historiografía pos-

¹⁰ R. CHARTIER, “La historia hoy en día: dudas, desafíos, propuestas”, en *La nueva historia cultura: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*. Dir. I. OLÁBARRI y F. J. CASPISTEGUI. Ed Complutense. Madrid, 1996, pp. 21-22.

¹¹ Véase *Conjeturas sobre un sable*. Barcelona, Anagrama, 1986.

terior la que reparte las medallas y los papeles, la que decide quién es el traidor o el héroe, integrando unos hechos confusos en la Historia, bien sea local, nacional o Universal.

Que esa interpretación sea revocable y que, con frecuencia, los más jóvenes historiadores truequen después las condecoraciones por los desprecios, o el simple olvido de unos datos y el despertar de otros desconocidos hasta el momento, avala el funcionamiento selectivo e interpretativo de toda memoria histórica. Cada generación hace sus correspondientes preguntas a las fuentes, y recoge también sus correspondientes respuestas, desconocidas para las generaciones precedentes. Esas respuestas estaban, qué duda cabe, pero nadie se había tomado el trabajo de preguntar, de darles voz. Así pues, la historiografía es un intento complejo y siempre revisable de obtener un significado que no está presente en las secuencias cronológicas ni en las intenciones de los que fueron sus protagonistas.

Por otra parte, la Historia nos muestra claramente lo contingentes que son los acontecimientos humanos, por eso es una ciencia abierta y flexible. No tiene leyes. Decía uno de mis maestros que la Historia es una constante cuya variable es el hombre. Es decir, que de constante nada. La Historia es, fundamentalmente, un medio para cultivar la memoria de nuestra contingencia, para recordar la futilidad de toda categoría definitiva, la provisionalidad de nuestras definiciones. Hay historia allí donde las intenciones subjetivas son derrotadas por un resultado imprevisible. La historia es *algo que pasa* no *algo que se hace*. No deberíamos rechazar lo que, en lugar de ser definitivo e incontrovertible, se presenta simplemente como razonable y provisorio. En este sentido, el fetichismo de la periodización constituye un serio obstáculo para la mejor comprensión del pasado: se puede comprender sin clasificar, pero esto no todos los historiadores lo aceptan.

En historia no se puede decir que los hechos lleven un camino predeterminado, no existe el factor destino ni la idea de causa-efecto, como en otras disciplinas humanas; el acontecimiento histórico sucedió en un espacio-tiempo contextualizado. Por muy similar, parecido e incluso de iguales características, no es el mismo suceda como suceda y en donde suceda. Tenemos la certeza de que no será lo mismo en una situación parecida sea en ese momento, sea en un momento posterior. Habrá semejanzas, pero sólo eso.

Por esta razón, la Historia no suministra soluciones, pero permite -y sólo ella lo hace, por eso es imposible avanzar en ninguna ciencia sin la Historia- plantear correctamente los problemas, y todo el mundo sabe que un problema bien planteado está ya medio resuelto.

La existencia del libre albedrío supone que ante circunstancias idénticas las personas pueden hacer elecciones distintas e impredecibles. Por esta razón no es posible establecer leyes científicas, regularidades o correlaciones entre hechos, ya que necesitaríamos observar muchos fenómenos diferentes que tuvieran alguna característica similar o algún alcance estadístico. Sin embargo, los hechos estudiados por las ciencias humanas involucran tantos factores distintos que la posibilidad de establecer regularidades en la Historia es mínima. Las soluciones de ayer no valen nunca para los problemas de hoy.

Para explicar la relación causal de los hechos, Hempel creó los modelos nomológicos, los cuales requieren, por definición, leyes científicas, generalidades; las ciencias sociales no tienen esa condición porque su objeto de estudio son acciones no generalizables ni repetibles en condiciones incluso exactamente iguales. Siguiendo este planteamiento se piensa que las ciencias naturales explican mientras que las ciencias sociales comprenden-interpretan. Sin embargo, Hempel rechaza que procedimientos como la “empatía”, la “comprensión” o la “interpretación”, o como aquellos que se refieren a presuntos aspectos del objeto histórico, como su “significado”, su “pertinencia” o su “importancia” desempeñen un papel en la explicación histórica¹².

En la actualidad hay un enfoque que no acepta la mutua exclusión entre explicación e interpretación, y postula más bien la complementariedad entre ambas maneras de estudiar la Historia¹³. Es Ricoeur el que señala que “explicar consiste en poner de relieve la estructura, es decir, las relaciones internas de dependencia que constituyen la estática del texto, mientras que interpretar es seguir la senda abierta por el texto, su pensamiento, es decir, ponerse en camino hacia el *oriente* del texto”. De esta manera, integra ambas acti-

¹² P. RICOEUR en su obra *Historia y narrativa*, Paidós, Barcelona, 1999 lo estudia con detenimiento. Véanse las páginas 73-81.

¹³ *Ibid.*

tudes en una concepción global de la lectura de las fuentes como recuperación del sentido.

Pero no sólo el historiador tiene un sentido autorreferente. No solo es él quien posee convicciones y posiciones respecto a la vida y a las personas y tiene claro que el objeto estudiado se le manifestará tanto más cuanto mayor sea su capacidad indagatoria, es decir su grado de autorreflexión. Esto es evidente una vez roto el distanciamiento pretendido por la postura del *objetivismo*. También convendría no perder de vista ese otro sentido autorreferente que necesariamente hubo de tener el individuo -el objeto de conocimiento- en el pasado; su propio sistema ético, su propia concepción del mundo. Sea ésta cual fuere, y más o menos compartida con el resto de sus congéneres. En mi opinión, el diálogo entre ambos -sujeto que estudia y sujeto estudiado- permitirá que aquel otro diálogo que compete a la historia -y sólo a la historia-, entre presente y pasado, discurra por los cauces correctos, y no falseará nuestras *interpretaciones*, toda vez que éstas forman parte de nuestra labor.

Si existen conceptos que fueron de primordial importancia para un gran escritor hace cuatro o más siglos, deberían poseer un valor intrínseco para nosotros. Cuando no esos conceptos mismos, el simple hecho de su importancia para quienes nos precedieron en el tiempo ya debe ser bastante significativo. Su comprensión precisará una aproximación empática, lo cual no significa aceptarlos. Significa darse cuenta de que pudieron ser aceptables en un cierto período histórico para hombres de inteligencia, sensibilidad e imaginación. Por supuesto, una empatía así nos obliga a llegar ante todos estos sistemas partiendo de sus propias premisas, e inmersos en sus respectivos contextos históricos.

Así pues, el tratamiento metodológico basado en la sistematización es entendido en la historiografía más reciente como un estudio sustantivo de casos y no como una acumulación numérica¹⁴. Planteada la necesidad de seguir las estrategias individuales, la prospección histórica en los documentos no debe descuidar los silencios, las repeticiones, los engaños, las manifestaciones de percepción y sentimientos, etc. Aquello que Bernard Bailyn llamaba *latent*

¹⁴ Véase J. ANDRÉS GALLEGOS: *Recreación del Humanismo, desde la Historia*, Madrid, Actas, 1993. Es un estudio interesante de los cambios operados en la Historiografía más reciente.

*events*¹⁵, indicios que carecen de importancia en apariencia, pero que en realidad transmiten la intencionalidad del sujeto. A partir de fragmentos minúsculos, el historiador debe estar capacitado para reconstruir el conjunto, la marginalidad o el choque con el sistema global que protagonizan determinados sujetos.

4. LA NARRACIÓN

El rechazo de la cuantificación vino acompañado de voces que añoraban la antigua elegancia literaria de las formas narrativas tradicionales —como se pone de manifiesto en los textos de historia política de esos años— y abogaban por su *revival*¹⁶. Señala Stone que el historiador narrador no evita el análisis, pero no es ese el armazón alrededor del cual levanta su obra. Su punto de mira principal no son las circunstancias que rodean al hombre, sino el hombre en sus circunstancias.

Sin embargo, no podemos ignorar los argumentos antinarrativistas, que son fundamentalmente dos: el primero señala que la historia propiamente dicha ya no se refiere a acontecimientos, pues su *tema* ha cambiado. Esta sería la postura que dio lugar a *Annales*: desecho del acontecimiento, desprecio por lo *evenemencial*, menor interés por los grandes hombres y mayor importancia a los colectivos, en detrimento de las singularidades imposibles de cuantificar.

En segundo lugar, y como consecuencia del primer postulado, la llamada “nueva historia” cuyo más significativo exponente sería, insisto, la escuela de los *Annales* también quiso prescindir de la narración en la medida en que no aceptaba la visión de la historia basada en acontecimientos. Pretendían una historia de estructuras, de cantidades, en la que ya no había héroes sino entidades anónimas y abstractas; la temporalidad no era la de la conciencia sino otra construida y jerarquizada y, en fin, frente al carácter autoexplicati-

¹⁵ B. BAILYN: “The Challenge of Modern Historiography”, *American Historical Review*, 87 (1982), pp. 1-24.

¹⁶ El caso más representativo es el debate entre Stone y Hobsbawn, mediante sendos artículos en la revista *Past and Present* (noviembre de 1978 y febrero de 1980, respectivamente).

vo de la narración oponían la capacidad explicativa de un conocimiento verificable y seguro. La historia ya no es *historia contada* porque sus *procedimientos* son distintos. Braudel y sus *tiempos* (largo, medio y corto) sería el paradigma de este enfoque, también ampliamente aceptado por *Annales*, así como distintas corrientes historiográficas de la primera mitad del siglo XX, con un seguimiento inercial que llega hasta nuestros días

La cuestión es que la narración ha generado en la actualidad un interesante debate semiótico y filosófico al ser valorada no sólo como tipo de discurso que presenta rasgos particulares (objeto de estudio de la narratología), sino fundamentalmente como forma de inteligibilidad, como una estructura sin la cual no es posible aprehender el carácter temporal de la existencia humana, ni comprender los sistemas de creencias que organizan una sociedad y orientan la acción de los individuos, configurados también bajo formas narrativas.

Paul Ricoeur, en la obra que sirve a nuestro estudio¹⁷, ha desmontado esos presupuestos subrayando que incluso esa historia estructural se apoya en las fórmulas que regulan la narración. El hecho de que la historia se configure en estructuras narrativas implica que los hechos realmente sucedidos han sido seleccionados por el historiador e inscritos en una trama que los ordena, los jerarquiza y les confiere un sentido (ideológico, político, moral). La narración no copia la realidad, sino que la vuelve inteligible. Sucede otro tanto en la literatura de ficción.

En los dos casos estamos ante *construcciones de realidad*, elaboraciones discursivas, cuya definición no se plantea ya en el nivel ontológico sino pragmático, es decir, en el territorio de los pactos y de las funciones atribuidas culturalmente a los discursos. La narración histórica queda sometida a la verificación, al contraste, a la refutación, y el historiador asume ante sus lectores una responsabilidad moral y epistemológica; en este sentido historiadores como R. Chartier¹⁸ siguen defendiendo el compromiso del historiador con proporcionar un conocimiento lo más riguroso y fidedigno posible del pasado y este objetivo es el que determina las operaciones específicas de la disciplina.

¹⁷ O. c., p. 95 y ss.

¹⁸ Véase “La historia hoy en día: dudas, desafíos, propuestas”, en *La “nueva” historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*. Dir. I. OLÁBARRI y F. J. CASPISTEGUI. Ed Complutense. Madrid, 1996.

Por otra parte, Peter Burke¹⁹ recuerda que la cuestión no es sólo si se ha de utilizar o no la forma narrativa, sino en qué forma narrativa se ha de escribir. Y considera que los historiadores deberíamos incorporar ciertas técnicas narrativas creadas por los novelistas más renovadores de este siglo como son:

- a) el relato desde varios puntos de vista;
- b) el hacernos visibles en nuestros relatos, no por complacencia con nosotros mismos sino a modo de advertencia al lector de que no somos omniscientes o imparciales y que también son posibles otras interpretaciones. Además podrían estudiarse los finales de los relatos históricos y tratar de ofrecer finales alternativos o finales más abiertos de modo que los lectores puedan llegar a sus propias conclusiones;
- c) buscar formas que rescaten la temporalidad, el fluir del tiempo.

Se advierte, por tanto, un intento de rehabilitar la narración tanto en la historia como en otras disciplinas (la psicología, el derecho, etc.) pero es una rehabilitación que no va en la línea de la función mítica de la narración, sino en la de la función cotidiana de la narración. Y, sobre todo, una rehabilitación que no desea confiar la solución de la Historia a ninguna otra ciencia, línea vertebradora del cientifismo.

5. RELACIÓN DEL HISTORIADOR CON LAS FUENTES LITERARIAS

Por otra parte, el recurso a la literatura resulta imprescindible para abordar el estudio de la Historia. Hoy prácticamente todas las ciencias humanas coinciden en señalar la importancia de su presencia en esta labor. Cuanto más desde la Historia, ocupada en aspectos a cuya complejidad intrínseca se añade la distancia temporal que nos separa de los sujetos en cuestión. No en vano la literatura ha sido siempre el marco preferido para la descripción de temas clásicos como el amor, las relaciones personales,

¹⁹ En *Formas de hacer Historia*. Alianza, Madrid, 2003.

las formas de educar, etc. reflejando el “quehacer” en este sentido de los personajes que el autor inventa o recrea.

Pero no sólo es válida para estudios de carácter intimista, para la llamada “intrahistoria”, obviamente, sino para toda la historia social en su conjunto y, dentro de ésta, particularmente para cuestiones relacionadas con la vida cotidiana, formas y ritmos de vida, usos y costumbres -viejos y nuevos, y sobre todo en los procesos de cambio-, mentalidades, conductas, actitudes, etc.²⁰. Todo ello puede dotar de una nueva dimensión al conocimiento de la sociedad en un período concreto, como ponen de manifiesto un número creciente de obras²¹.

No obstante, hasta fechas muy recientes los historiadores no han acabado de aceptar el empleo de fuentes literarias para sus análisis. En la actualidad, dentro del contexto generalizado de reivindicación de la subjetividad que ha venido siendo reflejado en estas páginas, el debate acerca de la oportunidad o validez de las fuentes ya está abandonado o pasado de moda, aunque todavía sigue habiendo cierta inseguridad sobre las literarias. Se objeta contra ellas el hecho de que giren en torno a la ficción. En su defensa, por el contrario, hemos de convenir que el tejido existencial recreado en las obras literarias procura reflejar la sociedad del momento histórico en que fueron escritas. Para el escritor siempre sería más fácil “transcribir” lo que vive, y en cuyos dominios se haya inmerso, que inventar algo diferente.

La frontera que separa los territorios de la Historia y la Literatura ha sido permeable a lo largo de los tiempos y así se han producido frecuentes incur-

²⁰ M. A. BEL BRAVO: “El mundo social de *Rinconete y Cortadillo*”, en *Studia Aurea. Actas del III Congreso de la AISO*, III (Toulouse-Pamplona, 1996), pp. 45-53.

²¹ No vamos a entrar en una relación pormenorizada. Por ejemplo, J. A. MARAVALL ha dedicado gran parte de su obra al estudio de la historia social y de las mentalidades con base en fuentes literarias. Prueba de ello es, entre otras, *La literatura picaresca desde la historia social*. Madrid, 1986. También G. GÓMEZ-FERRER MORANT: *Palacio Valdés y el mundo social de la Restauración*. Oviedo, 1983. La misma autora ha defendido la literatura como fuente para la historia en repetidas ocasiones; véase también M. A. BEL BRAVO y M. L. LÓPEZ MUÑOZ: “Vida y sociedad en la España del siglo XVII a través del ‘Coloquio de los perros’ de Cervantes”, en *Anales Cervantinos*, XXIX (Madrid, 1991), pp. 125-166; y M. A. BEL BRAVO: “Un ejemplo de historia a través de la literatura: *La Gitanilla*”, en *Guadalbullón*, V-7 (Jaén, 1992), pp. 5-19.

siones de un género en otro: la savia de la Historia vivifica la Literatura y viceversa, la Literatura es una fuente —si bien indirecta o secundaria— para el conocimiento histórico. Lo que a nosotros, historiadores, nos interesa es que la Historia siempre ha sido un magnífico vivero de asuntos, temas y personajes para todas las artes: hay una pintura histórica, un cine histórico y dentro de la propia literatura, multitud de géneros, teatro, novela, poesía que se pueden calificar de históricos.

Llegados a este punto, nos podríamos preguntar acerca del éxito que tiene actualmente la novela histórica. La primera razón, a mi juicio, es que hay un interés generalizado por la Historia y además, últimamente, no solo interesa la historia política, militar o diplomática, la de los grandes hombres y los grandes acontecimientos, sino que nuestro conocimiento se enriquece con otros aspectos hasta ahora descuidados: la historia cultural, la historia de las ideas, la de la vida cotidiana en general. Por otra parte, actualmente estamos sometidos a tal alud informativo que no siempre podemos tener una perspectiva clara de nuestro presente. Pues bien, el conocimiento de la Historia ayuda a conseguirla.

Merced a la Historia, el hombre puede recibir las enseñanzas del pasado, la experiencia acumulada por las generaciones precedentes y, aunque la Historia no nos salve de cometer errores, ya hemos señalado más arriba que si la conocemos nos ayuda a plantear bien los problemas, y un problema bien planteado está ya medio resuelto. Los hombres que desconocen su Historia están condenados a repetir los errores. En el epílogo de *La judía de Toledo*²² se señala: “Me dije a mi mismo: aquel que cuente de nuevo la historia de esas personas no solo estará escribiendo Historia, sino que esclarecerá y dará sentido a algunos problemas de nuestro tiempo”. Y cuanto mejor conozcamos nuestro presente, en mejores condiciones estaremos para afrontar nuestro futuro.

El hecho de que podamos leer las obras literarias dando por ciertas las ideas que expresan, significa que su contenido debería tener significado en un determinado contexto histórico. Sin olvidar que la literatura ha sido en

²² Es la opinión del autor de una novela histórica de fama internacional *La judía de Toledo* de L. FEUCHTWANGER, publicada por Clio, Madrid, 1992.

todo tiempo la expresión más vital de la experiencia humana, el mejor registro de sus aspiraciones, éxitos y fracasos. Por lo demás, la relación sociedad-literatura no es unívoca. Se trata de una interrelación en la cual las circunstancias históricas influyen en la literatura, al tiempo que ésta incide a su vez en la sociedad²³.

Menos duda cabe aún en asentir que los códigos de mentalidad transmitidos en las páginas literarias obedecen, por completo, a las concepciones que circundaban al autor, y ante las cuales éste siempre se ha sentido incapaz de permanecer insensible. En particular quedaría reflejada la idea que las personas tienen de sí mismas y de su papel en lo cotidiano. Lógicamente la imaginación no sólo puede transformar una experiencia, sino que también puede inventarla y desarrollarla como si se hubiera vivido o se estuviera viviendo. Pero en lo que se refiere a los fines de una concepción vital, una experiencia imaginada por un escritor no es menos “cierta” y “sincera” que una “real”. Hasta es probable que sea más significativa, puesto que añade toda su propia filosofía de la vida, adquirida por aprendizaje, contemplación y vivencias.

Todo esto puede permitir que el historiador se sitúe en el contexto cuyo espejo roto, con tantos cristales dispersos, trata de restaurar en una visión globalizadora²⁴. Indudablemente encuentra un mayor número de soportes para su obligada tarea de obtener conceptos, toda vez se acepta un espacio propio para la dimensión interpretativa en el trabajo de las ciencias sociales. Lo cual no exonera en absoluto de la confrontación documental. Antes bien, las fuentes literarias deben ser utilizadas junto con otro tipo de documentación histórica -puesto que generalmente se complementarán-, y con un método capaz de contrastar diversas aportaciones.

Por supuesto que el esfuerzo requiere precisar las herramientas metodológicas y multiplicar las posibilidades de análisis e interpretación de los datos extraídos. La temática de la ficción se agiganta ante nuestra mirada por su ambigüedad, complejidad, versatilidad, sensibilidad, etc. En definitiva, por pertenecer al horizonte creativo y simbólico del propio escritor, y por concurrir en ella la extraña paradoja de estar radicada, en realidad, más en el

²³ M. A. BEL BRAVO y M. L. LÓPEZ MUÑOZ, “Vida y sociedad...”, op. cit., p. 126.

²⁴ Constituye un nuevo intento por llegar a la tan ansiada Historia Total que la mayoría de los historiadores perseguimos.

mundo de las sensaciones mudas que en el de las verbalizaciones —deseabilidad social, fiabilidad del pensamiento, ambigüedad formal, etc.—.

Hasta es posible detectar la autoadulación del escritor por la calidad de su lenguaje, que puede ser desde poderosamente expresivo hasta intelectualmente débil o emocionalmente soso; la hipocresía, etc. Aspectos que, a fin de cuentas, también quedan circunscritos a nuestro campo de interés. Todo ello dificulta la investigación empírica según los enfoques tradicionales y, desde luego, evidencia la imposibilidad de acceder a su conocimiento sólo a partir de técnicas cuantitativas, que ya hace tiempo se mostraron poco idóneas para muchos de los elementos sobre los que pretendían actuar.

Por otra parte, la literatura siempre ha estado íntimamente asociada a las ideas y las emociones que han ido constituyendo “concepciones vitales”. En el más amplio sentido, y de forma no especializada, ha estado asociada a la *filosofía* en cuanto interpretación de la existencia; esto es, al sistema que elabora una persona para regir su vida -entre las posibles definiciones-. Pero esta exploración del pensamiento y los sentimientos humanos, en relación con el encauzamiento de la vida individual, no tiene razón de ser cuando excluye su impregnación por el sentido del valor, de corrección e incorrección, de la bondad y maldad de sentimientos y actos.

En cierto sentido, como historiadores debemos dejarnos atrapar por el pasado, dejar que nos envuelva, por arriesgada e incluso osada que parezca tal aseveración. Probablemente ante ella muchos historiadores *especializados* permanecerán ajenos, en el mejor de los casos. Pero a la que escribe estas páginas le parece inexcusable hoy por hoy. De lo contrario, ¿cómo hallar coherencia en el desarrollo de la labor interpretativa? ¿O acaso vale todo y cualquier cosa, ya puestos a interpretar? Estoy convencida de que el *nuevo humanismo*, integral y auténtico, implica no sólo que hable el historiador, sino también que éste permita hablar al hombre en cuyo estudio se ocupa.

El estudio de las ideas, la respuesta a los sentimientos y las emociones a través de la literatura conduce a una comprensión de la vida humana tal como se conformó a lo largo de nuestro desarrollo cultural. Pienso que dicha comprensión afecta a valores que pueden resultar pertinentes en la formación de nuestras vidas en el mundo actual. Hoy en día prácticamente nadie pondría en duda que la verdad literaria existe, y que la novela es capaz de expre-

sar dicha verdad. La novela atestigua verdades acerca del hombre y consigue una reorganización de los hechos conocidos acerca de la condición humana, más que añadir algo a estos hechos.

6. LENGUAJE Y PENSAMIENTO, DOS REALIDADES INDISOCIABLES

Por último, entiendo que no deberíamos preguntarnos cómo difieren la historia y la literatura desde la perspectiva de alguna noción de verdad dada *a priori*, sino como se manifiesta la verdad en la historia y la literatura²⁵ respectivamente, partiendo del supuesto de que cada una ejemplifica una forma específica de verdad porque no hay una cesura clara, ni ontológica ni epistemológica, entre la lengua y la realidad; ambas están entrelazadas entre sí. Hay lazos sustanciales entre lenguaje y pensamiento, como señaló con acierto Guitton hace ya muchos años en un libro encantador que ha ayudado a tantos intelectuales²⁶. Por eso la etimología y el comentario podían ser las formas cognoscitivas y las fuentes de verdad más características durante el siglo XVI; a través de la similitud del lenguaje y de la realidad, el análisis de una palabra (etimología) o el estudio de un texto (comentario) podían arrojar verdades nuevas y sorprendentes acerca de la realidad. Esto también puede explicar la popularidad de la emblemática en el siglo XVI, aunque con el avance gradual de la *episteme* clásica, durante los siglos XVII y XVIII, la emblemática perdiera su atractivo.

Si el lenguaje es un objeto en el mundo como los objetos de los que trata el propio lenguaje, la categoría de los objetos del mundo no puede ya, como se afirma tradicionalmente, distinguir entre el hecho y la ficción -o entre el escrito histórico y la novela. El simple hecho de que se use el lenguaje, ya sea en la historia o en la novela (o en cualquier otro sitio), es suficiente para otorgarle una categoría ontológica. Hasta bien entrado el siglo XVIII, la palabra “novela” podía referirse a una historia tanto verdadera como ficticia y -lo que no es menos sorprendente- a mitad de ese siglo Kant no dudaba en recitar poemas durante su clase.

²⁵ Este es el título de la aportación que hace Ankersmit al volumen de Actas citado en la nota 18.

²⁶ *El trabajo intelectual*. Madrid, Rialp, 2000.

Obviamente, dentro de esta *episteme*, apenas se puede esperar que la novela y la historia sean independientes una de otra. La naturaleza pronunciadamente retórica, argumentativa y apologética de los escritos históricos del siglo XVIII, de Voltaire, Hume o Gibbon frenó con éxito el desarrollo de un abismo irreconciliable entre la novela y la historiografía.

Todo esto cambió para bien en el curso del siglo XIX, gracias, sobre todo, al trabajo de Leopold von Ranke (1795-1886), con quien se suele decir que la “historiografía científica” vio la luz por primera vez. Resulta ilustrativo de la cercana relación que hasta entonces había existido entre la historia y la literatura el hecho de que incluso a Ranke le resultó difícil romper de manera definitiva con ella. En un fragmento de principios de los años treinta del pasado siglo, Ranke explica en términos claros: “La historia se distingue de todas las demás ciencias en que también es un arte. La historia es una ciencia a la hora de recoger, establecer, penetrar; es un arte porque recrea y muestra aquello que ha encontrado y reconocido. Otras ciencias están satisfechas simplemente con registrar lo que han encontrado; la historia requiere la habilidad de recrear”²⁷. La historia tiene tanto un componente científico²⁸ -que más tarde se asociará ávidamente con la llamada “investigación científica”- como un componente poético -que se denota con el término “escritura histórica”-, donde los resultados de la investigación histórica se integran o sintetizan en el texto del historiador, entendido como un todo.

Como han recalcado muchos teóricos²⁹, durante la primera mitad del pasado siglo la conciencia histórica era más evidente en la novela histórica que en la historiografía. Entonces Ranke descubrió que la realidad histórica era por sí misma más poética que la ficción, que la estética pertenecía al mundo de los hechos más que a su representación histórica. El resultado de esta sorprendente inversión de los dominios de la realidad y de la estética fue que Ranke, de esta manera, proyectó la poesía sobre las cosas mismas en vez de encerrar la poesía y la ficción dentro del dominio del lenguaje.

²⁷ W. A. IGGERS: *Leopold von Ranke*. Nueva York, 1973, pag. 33.

²⁸ El cientifismo es una vía de escape peligrosa pues consiste en confiar a otra ciencia distinta sus objetivos, métodos y técnicas de investigación, cuestión esta que, además de un error científico, denota un acusado complejo de inferioridad.

²⁹ Véase de nuevo IGGERS, citado en nota 27.

En resumen, la estética o la poesía constituyen verdaderamente la categoría esencial que Ranke proyectó, en un movimiento cuasi-kantiano, al pasado mismo para poder entenderlo. Como resultado, Ranke pudo mantener la dimensión estética de la historiografía y al mismo tiempo impulsar una sumisión completa, “objetiva” del historiador al pasado en sí mismo y al método científico³⁰.

Un ejemplo de lo que estoy diciendo lo constituye el libro de Claudio Magris *El Danubio*³¹, magnífico modo, a mi juicio, de conocer e interpretar la Historia Moderna de Europa. El autor perfila la disputa entre dos paradigmas que han tenido al elemento germánico como vector fundamental: la disputa entre Austria y Prusia o entre los pretendidos destinos que caracterizaron a los dos más importantes estados alemanes de las Edades Moderna y Contemporánea: fundir una serie de pueblos y culturas en un imperio supranacional -la Austria de los Habsburgo- o servir de motor a la unificación alemana -la Prusia de los Hohenzollern-. En la superficial disputa, Magris hace hincapié en que la Mitteleuropa fue una realidad en la última etapa del Imperio de los Habsburgo: “Una tolerante convivencia comprensiblemente llorada después de su final”³²; realidad más valiosa si se la compara con la barbarie totalitaria que le sucedió.

En su relato, el autor cumple todos los requisitos de los nuevos criterios historiográficos:

1. No es objetivista: la historia es abierta y flexible: el río con la sinuosidad que le caracteriza es reflejo de la vida, en tantos momentos distinta a como la habíamos concebido y planeado, es decir sujeta a

³⁰ Fruto de lo que señalamos serían sus obras: *Die Osmanen und die spanische Monarchie im sechszehnten und siebzehnten Jahrhundert (Los otomanos y la monarquía española en los s. XVI y XVII)*, en que abría nuevas perspectivas sobre hombres y acontecimientos; *Geschichte der Revolution in Serbien (La revolución de Servia)*, un estudio de la lucha por la libertad; y la monumental obra *Die römischen Päpste, ihre Kirche und ihr Staat* (trad. española, *Historia de los Papas en la época moderna*, México 1963), que, centrada en torno a la Contrarreforma, destacaba el papel desempeñado por el Pontificado en el nacimiento y evolución de Europa. Su *Deutsche Geschichte im Zeitalter der Reformation (Historia de Alemania en tiempos de la Reforma)* fue elaborada sobre fuentes de varios archivos europeos.

³¹ Publicado en España por la editorial Anagrama en Barcelona, 2004.

³² *Ibid.*

la contingencia. Sin nombrarlo, se percibe el sentido autoreferente en cada una de sus páginas.

2. Apuesta por la narración como mejor manera de hacer inteligible la realidad.
3. Es un trabajo interdisciplinar, apoyado en una gran diversidad de fuentes y en una vasta cultura que abarca todas las ciencias humanas.

Y para quienes concebimos la historia indisociablemente unida al estudio de las razones que movieron a los hombres y a las mujeres de ayer a actuar de una determinada manera, la extraordinaria relevancia de *El Danubio*, el elevado grado de interés de sus páginas, procede de las muchas pistas, sugerencias, matices, temas que aporta este libro para el estudio de la condición humana en los siglos de la Modernidad. En palabras del propio autor “es un libro de frontera, un viaje en busca de la superación y el atravesamiento de lindes no sólo nacionales, sino también culturales, lingüísticas, psicológicas; fronteras de la realidad externa, pero también del interior del individuo... Se trata de un viaje difícil, que conoce puertos felices pero también naufragios y fracasos; el viajero danubiano a veces es capaz de superar la frontera... otras veces, en cambio, no es capaz de dar este paso y se encierra en sí mismo, víctima de sus propios prejuicios, de sus propias fobias e inseguridades”³³.

En esta definición, el autor consigue dibujar la idea de lo que el libro ofrece al lector: una metáfora de la vida que fluye como los ríos, que como los ríos cruza fronteras y tierras, que se mueve a veces sin prisa, a veces con fuerza arrebatadora ... En definitiva, la indagación sobre los orígenes y el discurrir del río se convierte en una interrogación sobre los orígenes de Europa y su identidad. ¿Se remontan estos orígenes a la concepción universalista del Sacro Imperio Romano? ¿Se encuentran, por el contrario en la concepción pluralista que traza el mapa de la Europa central alemana -magiar-eslava-romana-hebraica? ¿Dónde se ha de apoyar la verdadera identidad europea?

Este libro me sirvió, entre otras cosas, para averiguar la competencia investigadora de los alumnos de 4º de Humanidades en los cursos 2003-2004 y

³³ C. MAGRIS: *Utopía y desencanto*. Barcelona, Anagrama, 2001, p. 63.

2004-2005. Y más recientemente, lo he utilizado también con los de Geografía e Historia, que es el grado en que imparto docencia en la actualidad. Paso a explicar cómo realizarlo.

En un primer nivel se trataba de que realizaran una mera cuantificación y descripción de lo que habían leído. En un segundo nivel se valoraba si detectaban los problemas históricos que se planteaban en el texto: identificación espacio-temporal y documental. Cómo y dónde (en qué obras) los trataban las distintas disciplinas: literatura, arte, filosofía, etc. Se propuso que los conectaran con lo que ellos ya sabían, y detectaran lo que desconocían³⁴. En este nivel se valoraba sobre todo la erudición, ya que es preciso echar mano de un gran número de obras para poder situar la cantidad de datos que el libro aporta. En un tercer momento se les pidió que profundizaran en algún aspecto concreto de ese desconocimiento. Y, por último, que formularan una opción razonada y apoyada en fuentes concretas por alguna de las opciones vertidas en el libro acerca de la identidad europea en la crisis de la Modernidad³⁵.

7. A MODO DE CONCLUSIÓN

En primer lugar, hay novedad, hay cambio en la relación actual que el historiador mantiene con las fuentes, en el hecho incontrovertible de la importancia que tiene el sentido autorreferente, tanto del sujeto que estudia como del sujeto estudiado. Quizás cuestiones como la honradez y la rectitud sean más adecuadas para los balances históricos que se propugnan actualmente ya que, a mi juicio, la objetividad no existe, existe la coherencia.

³⁴ Como se señala en la contraportada del libro, *El Danubio* “es un viaje que reconstruye en forma de mosaico, a través de los lugares visitados e interrogados, la civilización de la Europa central, con la inmensa variedad de sus pueblos y de sus culturas, captándolas en los signos de la gran Historia y en las mínimas y efímeras huellas de la vida cotidiana”. Así son múltiples las referencias a escritores, pintores, arquitectos, músicos y, en general, a todo aquel que representó algo en la Historia de la Europa Central.

³⁵ El tanto por ciento de alumnos que cubrieron los cuatro niveles de forma adecuada fue bajo el primer año, el segundo más alto, y lo que todos reflejaron en ambos cursos fue que les había gustado acceder a la Historia de Europa de una forma diferente, más amena, más acorde con los parámetros historiográficos de la “nueva” historia cultural.

Para el que estudia historia, el punto de mira principal no son las circunstancias que rodean al hombre, sino el hombre en sus circunstancias. Entiendo que nuestra comprensión del presente depende de la comprensión del pasado, en cuyo seno se encuentran -es obligado que se encuentren- las ideas y los valores que los hombres de aquellas épocas consideraron importantes. En este sentido, el fetichismo de la periodización constituye un serio obstáculo para la mejor comprensión del pasado: se puede comprender sin clasificar.

En segundo lugar, es preciso destacar el creciente protagonismo de la narración, porque hay lazos sustanciales entre lenguaje y pensamiento. Estas dos traducciones de nuestro ser se relacionan tanto entre ellas que no se puede destacar en una sin apoyarse en la otra. La crisis de la enseñanza media y superior se debe en parte a esa torpeza de la juventud en el uso del lenguaje. La comunicación interhumana ha perdido su autenticidad y raras veces pasa de ser un mero intercambio de clichés. Según Zijdeerveld³⁶, para el hombre moderno el lenguaje tiene una función más que un significado y es la “microinstitución” del cliché lo que aún ofrece una especie de último refugio en la continua movilidad de nuestro lenguaje, tan orientado hacia la función.

Por último, y esto no quiere decir, de ninguna manera, que sea el último factor -me atrevería a decir que es quizás el más importante-, hay novedad en la aceptación humilde de la provisionalidad de nuestras conclusiones: hemos pasado de la voz de la Historia, monolítica, determinista, a las voces de la Historia, plurales y propias de una ciencia abierta y flexible. Hemos aceptado que la materia prima de la Historia es la contingencia porque los sujetos, las instituciones o los sistemas sociales no tienen una historia en virtud sólo de sus intenciones sino debido a la intervención de las intenciones de otros, a los efectos imprevistos de las decisiones que adoptan, o a los acontecimientos contingentes frente a los cuales no están programados. La vida, la Historia en definitiva, es lo que pasa mientras estás planeando otras cosas.

A pesar de que Joseph Fontana³⁷ trató de salvar los trastos del marxismo después de la hecatombe de 1989 y criticó la cantidad de teorías que se for-

³⁶ Citado por F. R. ANKERSMIT: “La verdad en la Historia y la Literatura” en op. cit. p. 58.

³⁷ Hablando de la obra *La Historia después del fin de la Historia* de F. FUKUYAMA. Barcelona, Planeta, 1992.

mularon en aquellas fechas, el mismo concluye³⁸ que es preciso abandonar la visión lineal de la Historia como un ascenso continuado de la barbarie al progreso porque nuestra visión de la Historia como invencible marcha hacia el progreso ha hecho aguas. Una de las primeras cosas que es preciso eliminar de nuestra teoría de la Historia es, por consiguiente, la vía única. Hemos de aprender a pensar el pasado en términos de encrucijadas a partir de las cuales eran —y son— posibles diversas opciones.

³⁸ En *La Historia después de la Historia*. Barcelona, Crítica, 1992.